¿ WHAT ? (Temporada de energúmenos)

Jorge Torres

Capítulo 1

El hecho de tener un domicilio en un lugar donde la gente paga fortunas para vacacionar, te da ciertas ventajas y ciertas vicisitudes, si eres un poco observador y a esa observación le sumas una mirada realista, pronto descubrirás algunas cosas.

En primer término les recomiendo a todos los que pretendan destruir cualquiera de las siete maravillas del mundo, la manera más eficiente de lograrlo. No tienen más que instalarse a vivir a una cuadra de la misma.

Tomando como icono turístico, casi inalcanzable para muchos, como podría ser la torre Eiffel, pronto nos daríamos cuenta que si tuviéramos la fortuna o el infortunio de poder, económicamente hablando, instalamos en las inmediaciones de la gran dama, diría, casi con seguridad, que en los primeros dos años de afincados en el paradisiaco lugar, nos vanagloriaríamos de tener la dicha de poder vivir en ese hermoso paraje. Les contaríamos a todos nuestros conocidos que estamos viviendo afortunadamente cerca de esa proeza arquitectónica de trescientos veinticuatro metros de altura y les llenaríamos sus celulares y sus redes sociales de fotos de los alrededores, causando la envidia de muchos de ellos, que obviamente nos bloquearían y nos sacarían de entre sus contactos. ¿Quien necesita un amigo o pariente dichoso? Y mucho menos que tenga la fortuna de vivir en Paris.

Pasado ese periodo de dos años, uno se percata que esos aparentes amigos y anquilosados parientes eran cercanías producto de los avatares de la vida y las desdichas cotidianas, compañeros de sufrieres, si vale la expresión. Eso es lo primero que salta a la vista, ya que las reiteradas comunicaciones que uno solía tener con ellos cada vez se tornan mas esquivas y distantes mechaditas por esa sazón, ese agridulce condimento que hace proveer la envidia incluida en el aderezo.

A estas alturas del afincamiento en el paraíso, ya uno está arto de esa construcción sin sentido, que no solo no le parece majestuosa sino que le causa repulsión, además no soporta el clima, ni a sus vecinos franceses. Si por uno fuera, obviamente se iría a vivir lo más lejos posible, de ese sitio monótono y sin matices. Teniendo claro que ese otro sitio no es el lugar desde donde uno ha partido, cargado de ilusiones y de lágrimas propias y extrañas. Pues a estas alturas de los acontecimientos bien comprendido nos queda, que en ese sitio te espera gente con la que no valía la pena convivir y que lo único que espera es verte volver con la frente marchita, como diría aquel tango, mas desgraciado de lo que

emprendiste el éxodo y en total bancarrota.

Dejemos bien en claro que el hecho de haber elegido Paris para mi burdo ejemplo fue totalmente aleatorio ya que en tales circunstancias por lo general se terminan derrumbando las pirámides de Egipto, el coliseo Romano, las cataratas del Niágara y cuanto maravilloso lugar se les cruce por la mente.

Pero tampoco nos vallamos tan lejos, supongamos que nos vamos a vivir a un lugar turístico, pero donde la distancia y con ella la erogación económica para trasladarse no sea un impedimento que no permita tener amistades, parientes, ex vecinos a los que hubieras dejado ataviado en una de las tantas grandes urbes, ansiosos por visitarte. Como bien podría ser el hecho de mudarse de Santiago a Viña del Mar, de Montevideo a Punta del Este, de Buenos Aires a Pinamar, etc.

En este caso ocurre algo muy notorio, después que el invierno congelara casi en su totalidad las comunicaciones entre tu gélida y abandonada persona y tus ex vecinos, amigos y parientes. Con las primeras apariciones de las golondrinas, cuando los ciruelos comienzan a explotar en rosa, también en el celular suelen brotar los primaverales e interesados saludos de nuestros allegados.

Supongo que algo muy similar les debe ocurrir a los rosales de mi jardín, olvidados en el invierno por los pulgones chupa savia e invadidos irreverentemente en primavera por esta plaga ávida de sus dulces néctares que los primeros calores estacionales ánima a embriagarlos.

Es al menos llamativo, por no decir indignante, tanto “amor” repentino y manifiesto prodigado en dichos mensajes, que van en incremento hasta aproximadamente diez días antes de que de comienzo la temporada veraniega. Cuando nuestros entrañables vínculos se percatan que ya han hecho el merito suficiente, pues se tomaron su tiempo en adularnos con frases tan ridículas, como podría ser:

- ¿Recuerdas, cuando íbamos a la escuela juntos? Se suele observar atónito en la pantalla de nuestro celular. A lo cual después de terminada la tormenta de incertidumbre que te ocasiona en mente, el extemporáneo y malintencionado mensaje, tratas de resumir la sensación causada en un escueto: ¿What? Le sigue una catarata de epítetos mentales y pensamientos turbadores, que uno trata de sofocar, para que no aparezcan en la conversación, limitándome a responder educadamente:

- Si algo me acuerdo todavía, por desgracia, aunque pasaron veinte años de eso.

O si se quiere frases más dolorosas pues involucran sentimientos puedes llegar a recibir en el número de tu celular que creías que nadie

recordaba ya, aunque uno con el paso de los años uno se vuelve cada vez más insensible por suerte a determinados estímulos.

¿Tío como estas? No te imaginas cuanto te extraño…
Si me lo imagino pibe, sobre todo después de fin de año, cuando el verano comienza a incomodar un poco en las grandes ciudades.
Abuelita, abuelita ¿Estas bien? Te quiero mucho.

Me hace recordar el lobo disfrazado de abuelita, que solo pretendía comerse a la noble caperucita del cuento, patético por demás. Con la diferencia que en este caso el lobito (lobo-ludo) se suele disfrazar de caperuza para ocuparle la vivienda durante el mes de Enero a la descuidada viejecita.

Y así podríamos hacer un glosario completo de iniquidades y de falsedades que obviamente nadie las termina creyendo a estas alturas del milenio y de la vida. No solo no se las cree el receptor de la adulación sino que tampoco el emisor de la misma se convence plenamente que el receptor sea tan idiota como para creerse el burdo lance que se esta tirando, para tantear la posibilidad de pasar unos días con alojamiento gratuito en un lugar de veraneo.

Mas aún teniendo en cuenta el agravante que durante todo el año, nadie se ha interesado por tu mísera vida.

Por consiguiente esta es una de las mejores formas, como ya he dicho, de arruinar un sitio de veraneo, además de estropear el lugar de origen pues te diste perfecta cuenta, con la experiencia acumulada que era una perdida total de tiempo el estar en ese sitio rodeado de energúmenos.

Energúmenos que desde la distancia sin saberlo te brindan la enorme satisfacción de poder imaginar sus caras en el momento en que con total desparpajo, vehementemente empujados por el desenfreno de querer pasar unos días de vacaciones y no contar con una moneda para costeárselas, se animan a introducir la pregunta de rigor.

Tengo ganas este año de ir a verte, hace tanto que no te veo ¿Puedo ir, no cierto?
Yo también querido mío, no sabes como te extraño, sobretodo en invierno. Y por supuesto que te espero, la temporada esta a pleno, la gente ya comienza a colmar las playas con sus parasoles. Ven prontito, así me ayudas un poco a mejorarme de una insipiente meningitis meningocócica, que me tiene al mal traer desde hace unos días. ¡Te espero, querido mío, ya sabes te quiero mucho más!.

Se pueden imaginar lo que ocurre después de esa respuesta, de mi parte; en los casos que los involucrados fueran vecinos o amistades, las mismas no volverán a llamarte hasta los comienzos de la temporada siguiente

donde te suponen bien repuesto y sin poder de contagio.

En el caso de parientes directos, los mismos se interesaran por ti a partir de un par de meses de haberle detallado tu infectante situación a la espera que hayas muerto, para ver si pueden acceder a alguna porción de la herencia, que intuyen que has dejado.